

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DIRECTOR: J. MARTÍ FOLGUERA

PUNTOS DE SUSCRICIÓN	PRECIO DE SUSCRICIÓN	NOTA IMPORTANTE
En Reus, Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Valloquetas, é imprenta y librería de Torroja y Tarrats, sucesores de Narciso Roca, calle Mayor.	En Reus, trimestre. Ptas. 2'00 Fuera de Reus, España. " 2'50 Números sueltos. " 0'25	Para cuanto se refiera á este periódico dirigirse al Director del mismo en la Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Valloquetas, número 16, Reus.

SUMARIO

Literatos españoles contemporáneos, (conclusión), por José Güell y Mercader.—Misterios, (poesía), por Carlos Cano.—El marco, por Antonia Opisso.—La monja, (poesía), por Gil de Santibáñez.—La tumba de Shakespeare, por Federico Balart.—Notas é impresiones, por Nomen.—Miscelánea.

LITERATOS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(Conclusión.)

¿Sus *Doloras* ¿quién no las conoce? Guardárame bien de definir las, porque cuantos lo han hecho han perorado lastimosamente. Para comprender su alcance y su valor moral y ontológico, es preciso leerlas y aun á veces meditarlas. Lo que en realidad son las *Doloras*, ni el mismo Campoamor lo sabe, y á pocos ha convencido cuando ha querido explicarlo. No son apólogos y enseñan; no son fantasías y exaltan; las hay que solo como fuegos fátuos del sentimiento pueden estimarse, y, sin embargo, dejan huella profunda; las mas no tienen intención trascendental, y elevan á la contemplación de los problemas psicológicos y morales; su doctrina es inofensiva y ortodoxa; pero entre flores y ángeles y luces del cielo se desliza sutil, finísima ironía que las hace sospechosas á los católicos. El amor que tanto juego tiene en *Las Doloras*, es el amor del espíritu en la naturaleza, ardiente, egoísta, inconstante y fatal. No puede ocultarse que el escepticismo desempeña en ellas un gran papel; pero no es un escepticismo desolador como el que más fingen que sienten los románticos: es el escepticismo racional del sabio y del hombre de mundo. El poeta cree que cuando niña la muger siente el amor, sin comprenderlo; que cuando vieja lo comprende sin sentirlo; y que las dos almas que al descender una del cielo y al elevarse otra de la tierra

se cruzan en el espacio, se detienen para decirse que en el cielo como en la tierra se padece y llora. Dice que la gloria de la virtud suele ser el triunfo del egoísmo; el bien un sueño y perdurable el mal. Entre la cuna y el ataud, solo ve un breve espacio que llena el viento; nadie llora al ausente: así la esperanza como el recuerdo es pura ilusión; es igual gozar para padecer, que padecer por gozar: el placer es el verdugo de si mismo, el tipo de lo bello y lo bueno no existe, no hay verdad ni mentira, Dios es lo que se adora y la justicia una pura convención. Todo esto dice Campoamor en sus *Doloras*, y otros muchos, casi todos los poetas líricos, en sus descubrimientos sentimentales lo han dicho antes que él y lo repiten todos los dias; pero ¡cuán distintamente lo dice Campoamor! Entre este y aquellos, media la distancia inmensa que separa el arte de la naturaleza. Campoamor ve todas estas cosas, ó mejor, nos las hace ver como un efecto naturalísimo de la humana condición: las ve en el solterón que quema las cartas de sus antiguas novias, en la niña boba que confiesa los pecados veniales del amor; en el calavera que por aburrimiento se casa; en un entierro descrito de la manera más realista que concebirse puede y en sencillos episodios dramáticos llenos de vida y colorido. Cuando en sus delectaciones humorístico-sentimentales se desliza por la pendiente de la erudición histórica y nos habla de Semíramis, de Saffo, de la Ninón, de Cleopatra y demás heroínas del amor; cuando en sus apólogos aparecen Alejandro, Diógenes, Demócrito, Heráclito y Sócrates, les hace hablar como hablar pudieran en nuestros dias en la tertulia casera y en el corrillo á la puerta del café. Pocas veces echa mano del magestuoso endecasílabo para producir efecto: sus escasas expansiones en este sentido no atraen ni conmueven; la marcha del pensamiento tropieza en los accesorios indispensables para el artificio.

Pero aparte de esas composiciones, que por su fondo visiblemente escéptico y pesimista constituyen la *manera* de las primeras *Doloras* que publicó Campoamor, ¿qué no puede decirse en alabanza de las que forman el resto del libro? ¿Quién mejor ha penetrado el abismo insondable de los anhelos de una muchacha enamorada en la composición que se titula: *¿Quién supiera escribir?* ¡Cuánta gracia y donosura, cuán pícaresca al par que filosófica intención revela el *Amar al vuelo!* Y en *El beso?* Aquello es el trasunto fiel del mundo moral, materializado en el goce del amor: es el cosmos de la idea y la efusión de la vida universal encerrada en el hombre. Y ¿qué decir de aquella elucubración simbólica de nuestros inextinguibles deseos, titulada: *Más, más;* de las faces innumerables con que el amor se presenta en aquella bellísima evocación de las mujeres por el amor inmortalizadas? La pintura algo realista del *deseo*, del *placer* y del *hastío* que hace en su *Historia de amor*, es de primer orden. ¡Cuán bellamente *En el Café* desliza la duda impía racional acerca la influencia de la materia en las desiciones del espíritu? Y en *las antonomias* del genio ¿quién más sencillamente y con más aticismo poético y moral, que Campoamor ha vindicado la compasión por los grandes criminales de la gloria y la ambición humanas? Víctor Hugo en la *Piedad suprema*, no dice nada más bello y elocuente. Las *Doloras* de nuestro poeta vivirán siempre, porque son la poesía de la naturaleza sentida y emprendida en espíritu y en verdad.

Y los *Pequeños poemas*? Estas composiciones constituyen la última faz del genio de Campoamor. Son las mismas *Doloras*, algo más diluido el pensamiento, y retocada la forma; pero como aquellas rebosando animación y vida; como aquellas sencillas, naturales, humanas. En los *Pequeños poemas* se nota mejor que en las *Doloras* la tendencia del poeta á buscar grandes efectos en las causas al parecer insignificantes: las ocultas y complicadas relaciones entre lo que parece común y manoseado, y lo escepcional y sublime. En estas poesías, es donde el autor imprime con más fuerza las condiciones especiales de su carácter: en ellas se reflejan perfectamente su genialidad, su filosofía y su escuela literaria. Allí campean aquellos versos tan bellos que son tan solo trozos de prosa rítmica; allí desarrolla Campoamor con toda amplitud su teoría de buscar el pensamiento fuera de su cerebro, analizando unas veces, sintetizando otras las ideas, conceptos y frases de autores ajenos por completo á la poesía; pero realizando siempre esas ideas obligándolas á servir á los fines que se ha propuesto, aprovechándolas como piedras labradas para el edificio de forma armónica, bello, original cuyo plan él y solo él ha trazado.

Como las *Doloras*, los *Pequeños poemas* son de difícil é imposible definición, si, como es de rigor en todo género literario, han de determinarse por la forma. Unos son creaciones puramente líricas, otros dramáticos, y los hay en que se mezcla lo lírico con lo dramático y hasta con lo épico, de suerte que forman un todo algo confuso propio del carácter independiente y aun anárquico que al autor distingue. La tendencia más acentuada en estas composiciones es, sin embargo, la dramática, pues en casi todas ellas se desarrolla una acción, sentada por el poeta ó por los personajes que en el poema figuran. El argumento de esos poemas es por regla general sencillo; pero en su desarrollo, ¡cuántas bellezas y cuántos toques delicados contiene! Unos amores en tren rápido comenzados en una estación de ferro-carril y terminados en otra, le dan ocasión para maravillas de poesía descriptiva y sondear profundidades del corazón humano entre raudales de ternura: aquel Julio, amante poco escrupuloso de los *Tres hojas*, es el héroe de un cuento interesantísimo donde el autor mezcla en habilísima confusión lo real con lo fantástico, lo risueño con lo tético, y busca y halla lo dramático en donde menos se espera: aquella Isabel que en *La novia y el nido*, sabe que es el amor al observar como se aman las golondrinas: *Los grandes problemas* planteados por una niña de diez años y que resuelve la muerte á los cuarenta entre idilios y tragedias; aquella Dorotea que en *La Historia de muchas cartas* se mueve esperando la de su olvidadizo y perezoso novio que no llega nunca: aquel canario que Jacinta en celebración de sus bodas, pone en libertad, y vuelve á morir al pié de la jaula vacía, demuestra así que hay dulces cadenas que no deben romperse nunca: *Por donde viene la muerte*, en que se evidencia como se puede morir de amor sin amar á nadie determinadamente: aquella sucesión de infortunios que una leve falta ocasiona y que en *La Calumnia* se demuestra como la fatalidad hace que crezca esa falta y tome forma y peso abrumadores; aquel Ginés Briones de *La lira rota*, personificación del destino de muchos genios que no salen de la oscuridad porque la fatalidad enderezó mal su primer paso en la senda de la celebridad y de la gloria: el *Drama universal* que es un himno de victoria á la razón libre, en fin, *Los amores de la luna*, *El amor y el río piedra* y otros que forman los veinte ó más poemitos que de este género lleva escritos ó publicados, son en su mayor parte, verdaderas obras maestras de poesía, gallardas sutilezas filosófico-morales que un ingenio en sazón, pero lleno aun de vida y de frescura, presenta á la consideración de los grandes y de los pequeños, sin que se noten esos síntomas decadentes que tanto y tan mal afectan á los poetas

y escritores que, como el señor Campoamor, en edad algo avanzada, á este género de producciones se dedican.

Como sucede en todas las concepciones de los que razonan con cierta independencia del común de las gentes, las poesías del señor Campoamor, son muy discutidas, y tienen apasionados defensores y detractores implacables. Ya hemos visto cuan discretamente se defiende de la nota de plagario. En cuanto á la innovación del género ó forma que cultiva, dice que dispuesto á romper con todas las trabas de escuelas, es natural que se haya creado una estética á su imagen, una poética especial. Sostiene que puede ser buena poesía la prosa más pura, sin mas que añadirle el ritmo y la idea, y está tan enamorado de la realidad natural, que llega á decir que la prosa más sencilla es la poesía más sublime. Da tan poca importancia al formalismo retórico, que afirma poder escribir, sin cambiar los consonantes, versos que encierren pensamientos distintos, y así se explica aquel desaliño que los preceptistas notan en sus composiciones, pues Campoamor se ríe de ciertas exigencias encaminadas á que el verso termine precisamente con la palabra principal de la oración y á que no abunden en ellos las conjunciones adverbiales etc. Para él, el lenguaje poético, que puede llamarse oficial, es puro convencionalismo, artificioso y falso, y quiere que los poetas no se separen en nada del modo común de hablar. En mi humilde opinión estas teorías algo extremadas del señor Campoamor son buenas y aceptables tratándose de sus poesías, aplicándolas al género ó forma que cultiva; pero generalizándolas á los demás géneros poéticos son de aplicación imposible, á no ser sacrificada la belleza. Yo no concibo una oda, un canto épico destinado á loar grandes acciones ó á mover el corazón y la inteligencia hacia los anhelos que elevan y transfiguran en momentos dados al hombre, sin acudir á ciertos recursos de la fantasía imposibles de expresar con fuerza, por medio del lenguaje ordinario. En el fondo de la dicción elevada y hasta altisonante de los buenos poetas, hay también, si atentamente se observa, esa sencillez y naturalidad que desea el señor Campoamor. Y la prueba de ello, es que esos poetas se hacen fácilmente comprender de las muchedumbres indoctas. Los malos poetas son los que, con sus exageraciones y amaneramientos, hacen insufribles ese lenguaje convencional que de un modo terminante y absoluto, condena y rechaza el ilustrado autor de *Las Doloras*.

Campoamor ha querido llevar al teatro su poesía especial, y hasta ahora no ha conseguido éxito

lisongero. Sus pequeños poemas que leídos producen encanto sin igual, arreglados para la escena desmerecen mucho. Los personajes que crea Campoamor se caracterizan más por lo que callan que por lo que dicen; son casi todos alegóricos, y el plan y el desarrollo de esos poemitos, si se juzgan bajo el punto de vista puramente dramático, dejan mucho que desear. En el teatro interesa el movimiento, la acción, mas que lo trascendental de la frase y lo elevado de la intención moral y filosófica, y esta acción y movimiento faltan en los pocos dramas que para el teatro ha escrito el señor Campoamor. Es de sentir porque por otra parte son bellísimas composiciones literarias.

Algo podría decir respeto de Campoamor considerado como filósofo ó metafísico. Su libro *Lo absoluto*, sus polémicas científicas, sus disertaciones sobre el concepto del arte y de la belleza, le dan merecimientos sobrados para ocupar, como ocupa, un puesto distinguido entre nuestros modernos pensadores. Pero no es este terreno, como tampoco en el de la política, donde ha de penetrarse para conocer el verdadero carácter moral del personaje que nos ocupa. Campoamor escribió metafísica antes de ser conocido como poeta, y se ha hecho político cuando los lauros alcanzados en el cultivo del arte han llegado á abrunar su frente. Ni de una ni de otra cosa necesita para brillar entre las constelaciones más luminosas del cielo de la literatura patria; y comprendiéndolo así, Campoamor, que por otra parte es sencillo y modesto y no da importancia á ninguno de los honores de este mundo, no ha buscado renombre y gloria por estas escabrosas sendas. Ha llevado, con buen acierto la filosofía á sus versos, obligándola á hablar el lenguaje de los que ni por el nombre la conocen, y se ocupa de política con escasa fe y menos entusiasmo, quizás tan solo como delectación de su espíritu, sociable y expansivo por naturaleza. Demócrata por carácter, liberal y tolerante en ideas, pero hombre práctico y poco inclinado á las efusiones versátiles de la voluntad popular, pertenece al partido conservador, pero jamás ha asociado su nombre ni su voto á ninguna de aquellas resoluciones manifiestamente liberticidas que tanto deslustran las páginas de la historia del partido moderado.

Es, desde algunos años, miembro de la Real Academia española de la lengua, ha desempeñado con lucidez la presidencia de algunas secciones literarias del Ateneo de Madrid y es socio honorario de varias Academias é Institutos del extranjero. Los gobiernos de estos últimos años le han conferido altos cargos en la Administración pública, y actualmente es Consejero de Estado y diputado á Cortes.

Si como literato es un tipo altamente simpático, como particular Campoamor es si cabe todavía una personalidad más atractiva. Leyendo los versos del poeta, se adivina al hombre; pero es menester verle y tratarle para penetrarse de cuán íntima y perfecta es la relación que existe entre unos y otros. Su cabeza grande pero armoniosa descuellera sobre unas anchas espaldas, formando un busto parecido á los de los sabios de la antigüedad clásica. Tiene algo de Sófocles ó de Platón. Su frente espaciosa, su mirada serena é inteligente, su tez sonrosada y aquella boca animada siempre de benévola sonrisa, predisponen en su favor al menos sensible á esta clase de atracciones. Habla como escribe, insinuante, ameno, natural y humorístico: su conversación aparece siempre salpicada de aticismo y gracia verdaderamente ateniense. Amigo de la juventud, atento, galante y decididor con el bello sexo, es el poeta predilecto de nuestros salones, y sus tomos de versos no faltan en el gabinete de ninguna de nuestras damas de alto copete, como tampoco en el costurero de las menestralas. No es joven: pasa ya de los sesenta años, y nadie diría, ateniéndose á su exterior que es poeta; parece un *bourgeois* del mediodía de Francia. Positivista y quizás escéptico su amor á la naturaleza da á sus conversaciones como á sus poesías cierto tinte de pagano sensualismo culto y delicado que hacen doblemente atractivas sus facultades de hombre superior. Cuando habla de amor—y de ello habla amenuendo—no esperéis ver brotar de su rica fantasía esas imágenes vaporosas de la muger ideal, estéril creación de los poetas soñadores; Campoamor es el idólatra de la forma; gusta de la naturaleza viva, palpitante; en sus cuadros vense mover todas las energías de los centros nerviosos, y á la vez las vehemencias morales: aparecen mugeres que vacilan y delinquen impulsadas más por el temperamento que por la voluntad; y niñas candorosas, pero físicamente tentadoras como las Evas que pintaba Rubens. Y; con qué gracia, con qué talento é ingeniosa cultura habla y escribe de todo eso!

Es innovador en una esfera importante de nuestra literatura, y forme ó no escuela, sus versos están destinados á vivir mucho, y quizás en el porvenir sea juzgado con mas justicia que no se le trata hoy. Para mí nadie mejor que él representa entre nosotros el concepto con que todos los estéticos definen el arte: la realización de la belleza en formas sensibles. No es, como algunos han supuesto, fanático partidario del arte docente, pero sí defiende el arte trascendental: no cree, ó á lo menos no se desprende de su doctrina, como Victor Hugo que la forma sea simple vestidura del arte; quiere que en la obra del poeta

además de la idea palpite el sentimiento y que este se refleje en la belleza de la forma plástica y no falte jamás la emoción intensa que este sentimiento produce. Su poesía vivirá porque está engendrada en el amante y prolífico seno de la naturaleza que no falta nunca en sus sabios desigñios, y cuya voluptuosidad es penetrante como la luz, y como el sol, inextinguible.

JOSÉ GÜELL Y MERCADER.

MISTERIOS

¿QUÉ tienes, ángel mio?
 Porque doliente lloras,
 Y empañan tu semblante
 Del tirano dolor las negras sombras?

Tú sufres; en tus ojos
 La tristeza se nota,
 Y no hay en tus mejillas
 Aquellas tintas que envidió la rosa.

Dime pronto la causa
 Del mal que te devora;
 Cuéntame la amargura
 Que tus suspiros sin cesar pregonan.

Tal vez ellos ocultan
 De una pasión la historia;
 Tal vez una esperanza
 Que fugaz se perdió como una sombra.

Cuéntame tus pesares,
 Cuéntame tus congojas,
 Como en aquellos días
 De nuestra infancia alegre y venturosa.

Yo también de la pena
 He libado la copa,
 Y en la mente conservo
 De mi perdido amor triste memoria.

Yo amé con toda el alma
 A un ángel, á una sombra,
 Y entre sueños de oro
 Breves pensaron para mí las horas.

Después desperté triste,
 Y mis venturas todas
 Me las robó la impia
 Que un tiempo mas feliz formó mi gloria...

Pero callas y el llanto
 A tus ojos se agolpa...
 ¡No llores! Ya comprendo
 De tu llanto infeliz la triste historia.

Tú también has probado
 Del dolor la ponzoña,